

LA CULTURA DEL TRABAJO EN VENEZUELA Y LA MODERNIDAD

Samuel Hurtado Salazar
ESCUELA DE ANTROPOLOGÍA, UCV

"Cachicamo trabaja pa' lapa"

"Camarón que se duerme se lo lleva la corriente"
Dichos Venezolanos.

Resumen:

El concepto "cultura del trabajo" se refiere al modo de producir significaciones sobre el trabajo como acción social. Se parte del modelo analítico de economías de subsistencia y acumulación. Siendo formalmente Venezuela un colectivo de economía de acumulación (con mentalidad rentista, por lo menos), realmente el ethos cultural, es decir, el cultivo sobre el trabajo se sitúa en una economía de subsistencia. Se dice: el venezolano trabaja mucho y produce poco, pero no se explica que: 1) pretende recoger donde no sembró, 2) un complejo cultural lo eleva a una hiperrealidad negativa que hace creer que ser movido es ser emprendedor, 3) se trabaja para satisfacer necesidades: el trabajo no es autónomo, está subordinado a lo social primario. La cultura del trabajo es de recolección, que como base dificulta pensar en un proyecto de sociedad (modernidad). Esta hipótesis, pues, se refiere a todos los sectores del colectivo, también al de élite.

Palabras claves: Cultura, trabajo, cultura del trabajo, economía de subsistencia, economía de acumulación, recolección, rentismo, competencia, proyecto social, modernidad.

A. MOTIVACIÓN E INDAGACIONES

Hablar del trabajo es hablar del corazón, de la intimidad de la economía, de su vida y estructura, de su dinámica y su poder. Pero querámoslo o no, también es hablar de las profundidades de lo social, para hacerlo o para deshacerlo. Y todo ello en el marco histórico del proyecto de la modernidad, una de cuyas circunstancias es la llamada globalización de la economía, y otra es la articulación de las culturas, la local o nacional y la moderna. Esta suele esconder su cara cultural (antropológica) para mostrar su transcendencia en su elaboración del proyecto de sociedad. En este entramado es que se inscribe el concepto de "cultura del trabajo" en Venezuela.

Cuando nos referimos a lo cultural (antropológico), introducimos en el corazón de la economía no sólo valores o estilos de hacer lo societario como proyecto, sino también valores o estilos de hacer lo comunitario y lo psicosocial interactivo, esto es, el tipo de gusto por el trabajo, de ética del trabajo asalariado, de la honra del trabajo y la deshonor del negocio, de las virtudes de las condi-

ciones del trabajo suave y cómodo respecto de lo ambiental, a la posición de la ejecución de las tareas, a la tranquilidad de ánimo o sin apuros, a la afectuosidad amistosa dentro del equipo de trabajo, aún con respecto al jefe o patrono. Todo ello otorga al trabajo la seguridad física y moral, que es la base del "amor" al trabajo.

De este modo, una proposición sociológica inmediata detecta que para la gente venezolana "el trabajo no sólo cubre un proceso técnico, ni sólo una relación socio-económica, sino también -y sobre todo- relaciones morales; entre éstas, la lealtad y el honor/respeto identifican la clave de la seguridad y tranquilidad laborales"(Hurtado, 1999).

Esta prospección inicial involucra problemas serios en torno a cómo el venezolano organiza y orienta la estructura de las significaciones con respecto al trabajo.

Debemos pasar de la prospección a la inquisición o investigación, a la "descripción densa" de la acción laboral y a la disposición de los esquemas del análisis explicativo. Con respecto a la descripción, utilizamos dos investigaciones de campo propias; con respecto a los esquemas analíticos nos referimos siempre a su carácter colectivo, no individual, y cuyo sistema de acción se inscribe ya en relaciones primarias, ya secundarias, según la elaboración de las relaciones sociales sea escasa o basta, abundante o refinada, respectivamente.

En 1989, realicé la investigación titulada "La sociedad venezolana y la idea del rico honrado", dentro de una investigación más amplia sobre "El comportamiento del venezolano en torno al trabajo y la riqueza", del LIS (Laboratorio de Investigaciones Sociales) y CONICIT¹; en 1996, se concluye la recolección de los datos de mi investigación actualmente terminada: "Identidad Matrisocial y Proyecto de Modernidad, Indagación sobre la Elite en Venezuela", inscrita en el CIPOST.

1 Una versión globalizante de esta investigación se obtiene en González-Téllez y Phelan: ¿Qué quieren los venezolanos? En dicha investigación se publican cinco historias de vida de un total de alrededor de cuarenta recolectadas. De las cinco publicadas, la del individuo que representa a la clase 3/5: La Salud primero, y la del individuo que representa a la clase 4/5: La Superación, fueron recolectadas por nosotros (SH), como parte de la actividad de un Seminario en el Doctorado en Ciencias Sociales, cuyo producto propio es la redacción de nuestra investigación de 1989: "La sociedad venezolana y la idea del rico honrado". A su vez, dicho producto identifica el capítulo 4 de nuestro libro: *Sociedad tomada por la Familia*.

En 1989, la observación se hace desde ocho casos de historias de trabajo y riqueza dentro de la clase baja o pueblo de las barriadas de la ciudad de Valencia, de los obreros petroleros de Lagunillas en el estado Zulia y de los campesinos de Bailadores y Santa Cruz de Mora en el estado Mérida. En Hurtado (1999) se justifica su alcance metodológico a nivel nacional. En 1996, la observación se lleva a cabo desde la clase media alta, elaborada a partir de un corpus de un grupo de élite nacional, normalmente en Caracas como capital de la República. Dentro del corpus de trece (13) casos, se seleccionan los cinco casos que parecen los más cercanos a la acción del tema, el trabajo y la modernidad: el Empresario Reputado, el Gerente Eximio, el Economista Emblemático, el Político Conspicuo y el Intelectual Ilustre.

Cuando decimos que el venezolano tiene faltantes de cultura del trabajo, no queremos decir que no trabaje, que no haga cosas, que no se ocupe de actividades, que no se mueva en torno a objetivos no exactamente planeados. Cuando el técnico petrolero Villarroel nos decía que en caso de tocarle la lotería dejaría de trabajar, lo que quería significar era que dejaría de trabajar como asalariado, es decir, de acuerdo a unas pautas de sometimiento del sistema económico, "porque trabajar, uno siempre trabaja, quiera o no". La cuestión que cruza esta situación alternativa es: ¿el dinero ganado con la suerte de la lotería indica que iba a originar y desarrollar trabajo (por cuenta propia)? Pudiera ser. Pero primero tendría que celebrar la suerte, y ello equivaldría a un consumo suntuario para demostrar su prestigio; segundo, debiera repartir algo entre sus familiares para demostrar su honradez, es decir, comprobar que no era un "pichirre" (tacaño, que no comparte con sus semejantes); tercero, donaría a la beneficencia pública, para demostrar a la sociedad que hay esperanza de mejorar en el futuro, y así evitar la envidia.

Después de este tiempo de celebración y repartos, (tiempos del *potlacht* o de regalos), con el dinero "sobrante" "iba a pensar" "qué negocio" montar para vivir con bondades y tranquilidad. Anotamos que el insulto del "pichirre" en Venezuela es uno de los peores que se puede decir a una persona, sobre todo a un hombre, cuyo papel básico es el de "proveedor" familiar. El "pichirre" es el que se niega o se cierra al funcionamiento del sistema de reciprocidad, que tiene su paradigma en el sistema de prestaciones maritales (Hurtado, 1998). En este sistema, la lógica económica lleva al dispendio, esto es, la falta de regularidad o de ponerle coto a la actividad de consumo económico. Esta lógica de la solidaridad primaria con su carácter de desmedida, tiende a desestimular todo tipo de esfuerzo o trabajo, de hacer méritos, de descollar por encima de la media del grupo. Porque no se aplaude al productor, sino al distribuidor. Es la lógica del "igualismo" en una redistribución muy cónsona con culturas de carácter matrilineal (Poewe, 1981).

Insistimos que el concepto de "cultura del trabajo" no se refiere a ningún nivel individual; la cultura es siempre relativa a un colectivo, como lo es el símbolo, la socialización o montaje del aparato psíquico en lo que se conceptúa como estructura básica la personalidad. Nadie tiene por que cumplir con la media de la personalidad básica de un colectivo, ni tener obligación de expresar el fenómeno de una personalidad modal. Dicha media y dicho modo son referencias ideales a nivel individual, aunque son reales en cuanto que todas las interpretaciones de la cultura se miden o confrontan con esa media y/o modo. Dicha acción cultural interviene productivamente en la configuración de las relaciones sociales, y si no, las amolda de alguna manera.

B. EL TRABAJO COMO CULTURA

La cultura es un modo de producir y organizar las significaciones de lo real por parte de un colectivo. No se trata de verificar una verdad absolutamente, lo cual nos llevaría a un sustancialismo moral en torno a la buena o mala cultura, a la rica o pobre cultura, a la cultura normal o anormal, sino de detectar una estructura de significación e interpretar su sentido, siempre de carácter noble. En esta ocasión, se trata de problematizar culturalmente el tema del trabajo, por lo tanto, de ver cómo una cultura, como la venezolana que caracterizamos como matrisocial, produce y organiza las significaciones en torno a la acción del trabajo, y a su vez, como clave de reconfirmar nuestro análisis aplicamos la comparación del proyecto de modernidad. Porque al final, el concepto de "cultura del trabajo" se encuentra vinculado con el "proyecto societal", que no puede ser otro que el de la modernidad para Venezuela.

El concepto de trabajo indica un proceso de transformación de la materia prima; puede ser una materia prima del lenguaje (los sonidos o fonemas), de la política (los signos o señales sociales), de la erótica (pulsiones), de la economía (sustancias naturales) ...según el ámbito de la producción de los discursos, de la convivencia social, de la descarga psíquica, de la producción material...Esta transformación no es otra cosa que la definida por un proceso o esfuerzo de elaboración, que si pretende ser productivo siempre obedecerá a unas pautas de medición, cálculo, competencia, arte o técnica, esto es, a una regimentación de ahorro, escasez y de aplicación a fondo en el proceso de producción; es lo que se designa como una "economía del trabajo", esto es, de saber aplicar y aplicarse al trabajo con competencia o capacidad. Por ese cúmulo de saberes que comporta el desarrollo del trabajo, es que el trabajo aparece como un concepto ejemplar o paradigmático de la economía y de la cultura. En este último caso, se trata de "cultivar" (trabajar) el trabajo, esto es, de ponerle cuidado no ya a la obra o producto como tal, sino a la acción productiva en la que no sólo se con-

sumen energías física y psíquica, sino también ideas, imaginación, conocimientos, técnicas, y se provee a su acumulación como experiencia humana.

Si podemos decir que cultura y trabajo tienen un mismo núcleo conceptual, por ejemplo, el caso de la agricultura (cultivo de la tierra), es porque el trabajo adquiere la estructura de una cultura, la del "cultivo del esfuerzo con resultados de elaboración productiva". Por lo tanto, el concepto de "cultura del trabajo" indica mucho más que el simple concepto de trabajo. Aquél trasciende a éste, en cuanto que el trabajo adquiere una complejidad que ya no tiene el simple hecho de hacer cosas u ocuparse de cosas; el trabajo asume una racionalidad y subjetividad específicas, tanto en dedicación y apropiación personales, como en objetivos y planes de rendimiento, en desarrollos y aplicación de técnicas, en la adquisición de la competencia del diseño, ejecución y de resultados máximos.

Axiomáticamente decimos que "todo trabajo tiene una forma o dispositivo cultural", pero "no todo trabajo porta la cultura del trabajo", de suerte que, portando trabajo como supuesto, "la cultura del trabajo específicamente produce trabajo para reproducir trabajo". Aún cuando el núcleo de crear valor en las cosas, es semejante en "la cultura", no tiene la misma calidad de producción de valor en "toda cultura". Según esto, cada cultura detenta dispositivos de producción diferenciales con relación a la configuración de la vida en sociedad.

En la analogía económica podemos hablar de culturas de subsistencia y de culturas de acumulación. En las primeras, el criterio del trabajo se corresponde con la satisfacción de las necesidades (básicas, inducidas o no); el trabajo está subordinado, sujetado a las relaciones sociales indiferenciadas o aglutinas genéricamente; en las segundas, se corresponde con el trabajo mismo y su valor para dominar y controlar la realidad mediante la transformación de ésta; el trabajo realiza un proceso de especialización y autonomía específica, que le permite soportarse por sí mismo, es decir, de autonomizarse. La "riqueza de las naciones" comienza con garantía cuando se descubre y actúa el principio de la autonomía del trabajo y se explota como tal. No entramos a discutir ahora el proceso de contradicción histórica entre capital y trabajo, que es nuclear en el proyecto social, al que estamos apuntando. Nos situamos en un nivel previo, el cultural, para focalizar el faltante de cultura del trabajo como contraindicador para el proyecto de modernidad.

A ese proceso autonómico del trabajo, le precintamos como característica estructural la de ser un trabajo libre, cuya circunstancia (no su esencia) es el sistema económico del libre mercado, y cuyos actores fundamentales son el patrono capitalista y el trabajador proletarizado. El trabajo doméstico es prescriptivo u obligatorio dentro de un sistema de reciprocidad; los trabajos esclavo y servil son compulsivos o forzados. No es posible que el hijo como proyección

personal y población dependiente y el esclavo y siervo como clases confinadas o excluidas, pudieran estimular la emergencia emancipatoria del trabajo. Sólo el productor que libera el capital fijo del capital variable (fuerza de trabajo) dentro de una libertad que otorga la circunstancia mercantil, emancipado del estado y la familia, puede generar, organizar y acumular trabajo.

La burguesía y la clase obrera tienen papel principal histórico en este asunto. La burguesía es la primera clase dominante productora que tiene como proyecto la autonomía del trabajo, del negocio, de la elaboración con competencia no sólo económica, sino también política y social, y lo puede realizar como proyecto social, debido tanto a sus recursos como a la impugnación de la clase trabajadora que hace que dicho proyecto no se quede en un interés parcial, sino que tenga un alcance e interés generales. Se introduce el proyecto de sociedad como clave interpretativa del sentido de la autonomía del trabajo. Hay que recordar que la autonomización de las realidades inmanentes es un presupuesto fundamental de la modernidad. Antes de esta interpelación societal, debemos retrotraernos a nivel antropológico para ver cómo la cultura venezolana en cuanto trabajo elabora su posibilidad de trascenderse con miras a producir la vida en sociedad; es decir, deja de ser narcisista, para ser social (Lévi-Strauss, 1969).

No vamos a entrar a discutir cómo la exacerbación de una economía de libre mercado se convierte en antisocietaria, tal como lo conocemos en el desvío de la modernidad en la circunstancia de un liberalismo a ultranza. Esto no es la modernidad, aunque suele asociarse a un tipo de modernización social. Este tema socioeconómico no es el nuestro ahora, sino el tema sociocultural que, por supuesto, incide en una socio-economía. Con ello pretendemos fundamentar antropológicamente el esquema de sociedades del trabajo (de acumulación) y sociedades del no trabajo (necesitadas o pobres).

C. INTERFERENCIAS MATRISOCIALES EN EL TRABAJO

El problema es el siguiente: la cultura venezolana, el tipo de cultura que venimos definiendo como matrisocial para Venezuela (Hurtado, 1998;1999) intervienen las relaciones sociales, pero ¿Propicia la autonomía del trabajo, o, más bien, posterga su emancipación? Sostenemos que dentro de la inercia del sistema de reciprocidad, en que se desarrolla su producción de las significaciones, la cultura matrisocial somete al trabajo a una subordinación sociocultural, a una elaboración inercial, a una competencia débil, desconocedora de los méritos sociales.

Nuestra cultura nacional, que definimos como matrisocial, porque es la figura de la madre la que organiza y distribuye las significaciones en el colectivo de cómo se hacen las cosas y las relaciones sociales, detenta una gran elaboración en todo lo referente a las relaciones primarias, de la interacción yo/tú, adscriptivas y personalistas, ancladas en el principio del placer, y, por lo tanto, de todo lo que tenga que ver con celebraciones, rituales y relaciones de la gracia social como el amiguismo, el compadrazgo, y las relaciones particularistas y de afiliación a grupos de lealtad directa e inmediata; pero es una cultura renuente, debido a no perder nada de lo previamente formulado, a elaborar las relaciones secundarias o impersonales, y, por lo tanto, todo lo que tenga que ver con responsabilidades, esfuerzos de negociación, compromisos, disciplina, cálculos y medidas, eficacia y rendimiento, previsiones y logros de objetivos, tesón y constancia. No sólo es una cultura no instrumental para hacer sociedad (los socios de un negocio o empresa), sino que también desestimula y dificulta el hacer sociedad o alianzas que implican la credibilidad mutua (no confiamos en nadie, al mismo tiempo que somos muy confiados y crédulos, según el doble código de análisis etnopsiquiátrico).

En suma, nuestra cultura tiene una gran competencia significativa para hacer unas cosas y una deficiencia de significación para hacer otras. Nuestro problema sobre el trabajo entra dentro de ésta última faceta, pues la elaboración que requiere no es de carácter primario, sino de carácter secundario, impersonal, de rentabilidad.

En esta cuestión, la ciencia social venezolana no ha precisado bien el análisis, pese a que tienen suficiente investigación. González Téllez responde a Uslar Pietri en el periódico *El Nacional* (15.10.1994), con un texto de A. Humboldt, que lo ha colocado de entrada a su libro de coautoría con M. Phelan: "¿Qué quieren los venezolanos?" (1992). Con el texto de Humboldt, trata de responder más que a Uslar, a sus ansiedades sobre el trabajo del venezolano. Arturo Uslar ha insistido siempre descriptivamente en que el venezolano no tiene la herencia de la cultura del trabajo, porque sus ancestros no tuvieron ese hábito del trabajo: el hidalgo castellano, el indio recolector, el negro esclavo. Dice Humboldt en 1800 desde la ciudad de Cumaná: "Aún sin haber andado una legua, nuestro guía se sentaba a cada momento. Quería acostarse a la sombra de un hermoso tamarindo cerca de las casas de La Vela para aguardar allí la venida de la noche. Insisto en este rasgo de carácter que se observa cada vez que se viaja con los indios... Ese mismo indio que se queja... hace remontar una canoa contra la más rápida corriente remando durante catorce o quince horas seguidas porque desea retornar a su familia". El objetivo de Humboldt es demostrar la constitución física de la raza india a partir de circunstancias que le estimulan a ello. Si bien este texto demuestra la capacidad física para el trabajo, también muestra la falta de

cultura del trabajo; esto último da la razón a la descripción de Arturo Uslar. La historia económica del país puede ofrecernos datos que muestran que los criollos tampoco han logrado la cultura del trabajo, de la organización empresarial, del desarrollo del negocio. Con ello no queremos decir que no se encuentran en el país trabajo, empresas y negocios. Los objetivos de la organización del trabajo se cumple de alguna forma, pero se hace de acuerdo a la satisfacción de las necesidades del colectivo, y no de acumulación de trabajo para crear trabajo.

Una consideración obligada tiene que ver con la etapa petrolera, que muchos autores (Cf. Almécija, 1992) suelen identificar como el renglón con que se constituye la modernización del país. El tema no consiste en discutir la alta experiencia acumulada en los grandes ejecutivos de PDVSA y de los técnicos petroleros y aún obreros. No se duda de ello, como tampoco se duda de la capacidad de trabajo de un venezolano trabajando dentro de una empresa transnacional, dentro o fuera del país. Como personalidad, todo venezolano puede estar a la altura de la competencia y aún superar a sus pares foráneos. El problema se presenta cuando nos atenemos a la cultura del colectivo nacional, aún con su manipulación de las formas de la cultura civilizatoria, que hoy día es la cultura moderna (Briceño, 1994), las cosas cambian. ¿Qué nos indican, por ejemplo, los grandes procesos de nacionalización, desnacionalización, transnacionalización, cierre y apertura de la industria petrolera? El colectivo venezolano, uno de cuyas expresiones se ubica en el estado venezolano, que ha laborado en la industria petrolera, ¿aprendió la cultura del trabajo petrolero? ¿O persiste, como clave nacional en nuestro proceso fundamental de exportadores de materias primas, que el aprendizaje del trabajo se quedó en una cultura del peaje? ¿Cultura del trabajo o cultura del peaje petrolero? A este nivel, la respuesta por el aprendizaje no se sitúa en lo técnico, sino en lo social.

Nuestro modelo de análisis de la "cultura del trabajo" es el de la economía política: el valor de uso y el valor de cambio. El venezolano trabaja, hace cosas, se ocupa en cosas, se mueve tras de algo de acuerdo a sus necesidades, esto es, trabaja como valor de uso y éste situado en un nivel recolector. Desaparecido el referente de este valor de uso recolector, puede o no seguir trabajando; da lo mismo. El petróleo ha originado una "mentalidad rentista"; pero ésta funciona como una adherencia ideológica, ya que la realidad vivida es la de una economía de trabajo de recolección. La cultura matri-social provee los modelos que califican este tipo de trabajo, modelos que se consiguen tanto en el lenguaje, como en los datos producidos por las entrevistas. Son los modelos émicos del colectivo que pueden servir como datos científicos.

D. MODELOS CULTURALES Y LOS UMBRALES DE LA MODERNIDAD

La cultura matrisocial tiene su propia concepción sobre cómo trabaja el venezolano. La cultura misma ordena las significaciones para evaluar el proceso laboral de actores que la ejercitan. El venezolano claro que trabaja, pero no muy en serio, pues lo que hace es "manguarear". En el modelo cultural venezolano, la mujer exige al marido su contraprestación, que es económica (Hurtado, 1998); por lo tanto le exige que trabaje en serio, que no "manguaree", trabajando un día sí y dos no, o cuando se le ocurra o sólo cuando necesite.

Una gran verdad es que el venezolano quiere cosechar donde no ha sembrado: "quiere la papa pelada"; por eso, el principio de la propiedad no le resulta, no lo tiene claro, pues eso limita sus movimientos de "agarrar algo aunque sea fallo". No tanto lo "fallo" cuanto agarrar como sea, recolectar, es lo que le interesa.

La recolección de lo que supuestamente es del "común", que es lo mismo que decir de nadie, siendo de otro que lo sembró o trabajó, debe llevarse a cabo sin mucho esfuerzo; debe estar ya casi todo "hecho", de suerte que no sea necesario "trabajarlo" mucho más, o que esté a la mano, a escala de la viveza. Que al venezolano le guste "agarrar los mangos bajitos" se emplea para significar lo mismo sobre cosas muy diferentes: económicamente se recolecta no sólo lo no sembrado sino también se prefiere lo fácil o cómodo de recoger la cosecha; sexualmente se tiende a que la mujer se brinde al hombre o que la mujer sea madura para no tener ni siquiera que esperar a prepararla, de suerte que no sea muy elaborado el proceso del disfrute sexual.

El esfuerzo necesario como medida mínima se sitúa en condiciones de ejecución "suave y limpia" (Laureano), de suerte que puede llevar a ideologías urbanas como la de que el trabajo duro es el único trabajo y éste sería el de los campesinos (Pedro Salazar), pero también a expresar las ideologías de la cultura, según las cuales al venezolano no le gusta el trabajar duro, ni que comporte riesgos o inseguridades (Emilio); no por eso debe ser un trabajo frío de emociones personales, pues se necesita que la tarea a cumplir se realice en un ambiente "afectuoso": "Sin comodidad y sin amistad no se puede trabajar" (José Ramón). No le gusta trabajar finalmente bajo algún jefe, aunque tampoco quisiera subalternos, porque asimismo no lo van a respetar como jefe (Luis María). Este último modelo implica ya una ausencia de referencia al tiempo (trabajo sin plan) y a los objetivos concertados: "Tal como va viniendo vamos viendo" (Cf. González y Phelan, 46 y ss; Hurtado, 1999).

A la hora de racionalizar estos modelos émicos culturales, nos encontramos con formulaciones ideológicas que sesgan el significado del trabajo, incorporan-

do a éste concepto externalidades sociológicas tangenciales. La reflexión sobre la cultura se torna imprecisa y desconocedora de la realidad: los informantes y aún los científicos sociales tienden a confundir los niveles de realidad: pasar trabajo se asimila a trabajar; ser movidos se asocia a emprendedores sin importar si la "movida" tiene objetivos y eficacia productiva; cobrar peaje se vincula a participar en la producción debido a que el cobro de peaje se convierte en un mecanismo de la redistribución del resultado producido (por otros); ser improvisadores se percibe como organizadores, cuando apenas es un punto inicial de la organización que debe abandonarse como tal si se quiere ser organizado y organizador; ser de "mentalidad rentista" se ensamblan con mentalidad de inversión, de suerte que sustituyendo los vocablos en la formulación, mágicamente pasamos de rentistas a inversionistas; actuar con pensamiento mágico (con base en la suerte o en el sentido de a ver si la pegamos, como una forma de ensayo y error muy primaria) es creer tener en la mano soluciones eficaces e infalibles de la producción.

Estas ideologías representan pliegues de sentido mágico, que al no ser deslindados, impiden precisar el concepto emancipado del trabajo. De esta forma se puede sostener que "hacer cosas", "ocuparse en algo", "cosechar sin haber sembrado", resultan homólogas a "estar presente sin hacer esfuerzo alguno", "moverse sin resultados productivos", "improvisar sin asumir compromisos ni consecuencias". Estos segmentos homólogos pertenecen a una estructura unificada que es la del "trabajo improductivo", o como fórmula A. Sosa: "el venezolano trabaja mucho pero es poco productivo". Estos sentidos contrarios tienen una formulación de trabajo recolector en la fórmula del Intelectual Ilustre: "Se mueven mucho sin resultados, pero lo importante es que se movieron". El concepto de trabajo de recolección sintetiza el contenido metafórico de trabajo improductivo o trabajo cuasimágico, que obedece a la lógica de una economía de las necesidades o de subsistencia.

La racionalidad instrumental moderna rompe con este embeleso del trabajo; si nos atenemos a los criterios emancipatorios del trabajo, se trabaja con o sin necesidad, se trabaja porque se trabaja, se trabaja para transvalorar la realidad y amplificarla en el valor de cambio. La revolución industrial es el instrumento de este proyecto; con ella se marca el triunfo del trabajo en la sociedad, triunfo que se mide por la proposición de una cultura del trabajo, inscrita en el proyecto de sociedad.

En el primer nivel paradigmático que refleja la unión del capital/trabajo, la existencia y concentración de capital no significa otra cosa que un recurso económico para exaltar el trabajo y con ello explotarlo o hacerlo rendir. La significación matrisocial es que el capitalista llega a dejarse guiar tanto por el trabajo que

se extralimita en él sin disfrutar de sus productos. La ganancia no significa realización de la persona, ni de la sociedad. Por eso el capitalista sufre el trabajo, la preocupación por el trabajo, de suerte que le puede y le causa enfermedades y aún la muerte.

En un segundo nivel paradigmático, que refleja la separación de capital/trabajo, la concentración de capital conlleva la subvalorización del trabajo; pero con ello emerge, junto a la emancipación mercantil, primero de éste, y luego política y social, la responsabilidad ética del trabajo. La razón de ser del trabajo no se encuentra sin más en las necesidades, ni en su instrumentalidad, sino en el trabajo mismo, es decir, con su eticidad. Si bien no es posible ésta sin la emancipación instrumental del trabajo, sin embargo, esta circunstancia es relativa a la razón societal del trabajo y no al revés (Cf. Touraine, 1992). Este hábito instrumental del trabajo es como un programa o estilo obligado de hacer el tiempo y la técnica, los espacios y las responsabilidades, los cálculos y los rendimientos, sus intensidades y sus marginalidades obligadas, sus ritmos e interrupciones. Es una base de la libertad, pero no la libertad.

La programación instrumentalista no define por sí misma una cultura del trabajo, sino una forma de explotación del trabajo. Esta no es societal en su sentido ético, sino abusiva, en la medida en que no se enmarque en el juego de impugnación de los actores del trabajo como polo definidor de dicha ética. La cultura del trabajo es un proyecto social que mira a la emancipación o libertad total del trabajo. Como proyecto implica el desarrollo de su ética y de su competencia, es decir, que la explotación del trabajo se haga bajo condiciones sociales aceptables dentro de la impugnación originada contra los intereses parciales del capital.

¿Es posible el planteamiento de el proyecto de la cultura del trabajo en Venezuela?

El tercero y último nivel de respuesta se refiere al análisis de nuestro modelo o ethos cultural venezolano, cuyos comportamientos entran la liberación del trabajo: el sistema de reciprocidad de carácter familiar impide llevar a sus límites el valor de cambio del trabajo.

Nosotros detectamos (Hurtado, 1989) que existe en Venezuela una socialización doméstica del trabajo muy fuerte; además, que hay una historia del trabajo en el individuo, muy accidentada en este período petrolero, que expresa una sinuosa transición del campo a la ciudad; y, finalmente, otra historia de trabajo que es la referida a la permanente rotación de la mano de obra en la industria y servicios; dicha rotación se encuentra dosificada por períodos de "va-

cancias" arbitrariamente tomados por la misma mano de obra, que no proletarizada del todo busca proteger y protegerse en el sistema de reciprocidad familiar.

¿Significan estos tres procesos una socialización en el trabajo de la población venezolana, que lleve a una cultura del trabajo? No del todo, pues el obrero que toma su "vacancia" con ocasión de la rotación, de la búsqueda de trabajo y de la prescripción doméstica, se inhibe dentro de relaciones familiares; por su parte, el patrono que no garantiza la organización de la empresa, se refugia dentro de relaciones inerciales de tranquilidad personal. Un indicador de esta doble situación homóloga, se refiere a la virtual subida del salario. Un salario bajo desestimula la producción; eso es verdad, y el patrono venezolano persiste en esa práctica, por lo que no le importa en serio la producción. Pero ocurre que si sube el salario, después de toda una carrera ideológica justificando el estímulo productivo, sin embargo, la producción no sube ni en cantidad ni en calidad; además, a veces decrece, debido tanto a una merma de aplicación al trabajo como a ausentismo laboral, siguiendo la lógica de "música paga no sueña". Pareciera que la subida del salario fuera más que un valor de cambio, un valor de uso, pero éste en cuanto una regalía de reciprocidad que se le debe al trabajador, que en este caso se comporta como un recolector de recursos. La subida del salario estimula la "vacancia" en cuanto que ésta parece que expresa la celebración por el alza de la remuneración, vivida como don y no como mérito al esfuerzo.

En breve, los tres niveles de las interferencias de la cultura matrisocial terminan por definir unas significaciones de trabajo recolector, que es insuficiente como cultura del trabajo para organizar o soportar un proyecto de sociedad.

E. CONTRAINDICACIONES MODERNAS Y TRABAJO RECOLECTOR

El proyecto de modernidad tiene contraindicaciones que señalan que los que no asumen su idea o directriz no pueden entrar en su recinto, y si entran a vivir en él, sin embargo, no portarán su modo de ser o racionalidad, y menos podrán producir sus relaciones sociales. En estas circunstancias, se convierten en contraindicaciones para los que no son aptos para la modernidad. Seleccionamos los siguientes: *disciplina, autonomía, competencia y elaboración*. Arriba se mostraron los actores de élite elegidos, según investigación de Hurtado (1999b). Los datos se recogen según el método de la contratransferencia en la relación de élite-pueblo: la élite se dibuja en el espejo del pueblo en que se ve. El resultado es la existencia de una élite sin oficio (no cumple su rol de ductora) y de un pueblo que no reclama por su desamparo, pues el "rechazo del vínculo" (Sennett, 1982), se patentiza en la relación.

1) En cuanto a la *disciplina* se pregunta sobre si el venezolano es un pueblo religioso o ateo; no pareciera ser tan religioso, sino más bien materialista mágico. Pero si las respuestas generales se deciden a que es un pueblo religioso con mucha dosis de magia, se termina preguntando: "¿Aprendió a actuar con disciplina?"

No, es de lo que más carecemos, de disciplina social" (Político conspicuo).

No, nadie se lo enseñó. Pero es que todo el cuerpo administrativo también es indisciplinado. Ahora se descubre que no sabe del control de la deuda externa... ¿Cómo sucedió eso desde el gobierno de Lusinchí? Es una cosa increíble. ¿Cómo son posibles las ausencias totales de control de la deuda externa? Y aquí no se descubrió; nos lo dijo una compañía norteamericana que se iba a hacer cargo de nuestra deuda externa (Intelectual ilustre).

No, nada de disciplina. Aquí de nuevo chocan el afán primario libertario y el cauce de las normas que deben regular la conducta y provocar el acatamiento. Por eso ha prevalecido en nuestro comportamiento el abuso, el atropello, la discreción del poder (Empresario reputado). No, el pueblo venezolano no es disciplinado; esto sí que es una afirmación fuerte: no es disciplinado y no quiere serlo. La indisciplina es como una protesta, una rebeldía, una resistencia a querer ser de otro modo (Economista emblemático).

Algunos empresarios tienen disciplina, pero no mucha. El promedio del empresario lleva la empresa a la buena de Dios, es decir, de un modo mágico y no acogido a las normas de la racionalidad. El venezolano es bastante indisciplinado. Me ha sorprendido que una profesora alemana que estuvo aquí (en la Cámara) haciendo una pasantía, dijera que el venezolano es más disciplinado que el alemán en una cola esperando el autobús... Le voy a decir con énfasis: me refiero a la cantidad de intersecciones del tránsito automotor en Caracas. La razón es que la luz verde permite arrancar, pero cuando no corre por el volumen de carros, sin embargo, los carros pasan y se quedan atravesados, y no dejan pasar a los de la calle transversal. Esto es la razón del volumen de tránsito de vehículos; hay volumen donde no debiera haberlo. Así veo yo la economía venezolana: se entraba por la indisciplina y estupidez. El venezolano no ha aprendido a actuar con disciplina (Gerente eximio).

En breve, la indisciplina llega a toda la organización social, y lo hace a todo nivel de población: obrero, empleado y empresario. Sin disciplina social que otorgue la cultura, es posible el trabajo, pero sólo un trabajo con lógica recolectora para la satisfacción de las necesidades, no la cultura del trabajo que implica una lógica de acumulación.

2) La *autonomía* de los sujetos se revela como un indicador importante para averiguar el sentido de la acción del trabajo. Así se preguntó: "¿Usted piensa

que la gente venezolana es emprendedora o quedada?" y "¿Parece que más bien busca obtener privilegios o cosechar donde no ha sembrado?"

La gente venezolana es poco emprendedora. No estoy seguro de la comparación con otros países, porque en todos los sitios la gente prefiere seguir en lo establecido. En Venezuela, se percibe que están agazapados para emprender, pero después se dirigen a trabajar con el gobierno. Pero lo que si aparece claro es que hay muchos que tratan de aprovecharse de los que emprenden negocios (Gerente eximio).

El pueblo venezolano es emprendedor. Pero sus iniciativas no son organizadas; no se le ha educado para ello, ni se le ha propiciado para las mismas... No le han facilitado el desarrollo de la iniciativa emprendedora (Economista emblemático).

El pueblo venezolano es ingenioso. El ingenio se puede entender como emprendedor, pero sin disciplina, sin tomar las precauciones debidas. Hay un hecho típico que siempre explico en clase y es el caso de que: al venezolano el negocio le va bien ¿Qué hace? En vez de perseverar en lo mismo, lo que hace es diversificar sus actividades anárquicamente, y si tenía un taller mecánico, ahora también vende refrescos, y después monta una pollera. No acumula conocimiento en organizar el taller mecánico y abre otro más, hasta que hace una compañía grande. En otros países, ¿el negocio de pollos va bien? Pues se abre una tienda: Agustín 1, después Agustín 2, y Agustín 3 y se forma una cadena de polleras. Gana en conocimiento desarrollado y adquirido. El venezolano quiere resultados rápidos, sin tener el sentido del mediano y largo plazo (Político conspicuo).

Hemos estado muchos años con un estado que no propicia la iniciativa personal, sino que la inhibe con trabas y dificultades, con un sin fin de permisos para poder abrir una empresa o hacer funcionar un trabajo propio... y como colofón la inclinación política al paternalismo. La característica de emprendedora la tiene la gente venezolana por su ímpetu libertario, pero el estado la cohibe a contrapelo de este ímpetu. El estado desestimula toda inspiración emprendedora en Venezuela. Eso ocurre merced al apoyo de los recursos petroleros. El petróleo apabulló al ciudadano. Con tanta riqueza en las manos, el ciudadano apareció sin iniciativas. En cambio, se orienta a obtener privilegios, comisiones sin trabajar, a obtener favores, negociados..."(Empresario reputado).

Es un pueblo muy vivo; quiere siempre ganar sin cansarse mucho. Tiene un sentido del aprovechamiento. Es lo que se llama "viveza" (Intelectual ilustre).

En resumen, no se trata tanto de calificar a las primeras de emprendedor al pueblo venezolano, sino de cómo es su "movida emprendedora"; tampoco se trata de discutir la causa de la estructura económica que impulsa o inhibe ahora la "empresa", sino de qué es lo que hace el pueblo cuando alguien emprende una obra. Partimos de que ningún pueblo como tal es emprendedor, sino que

siempre es o son unos individuos. Entonces el problema consiste en la cuestión siguiente: ¿Detrás de quién va la gente venezolana, del que ofrece trabajo (un empresario) o del que ofrece privilegios (caudillo)? La historia venezolana muestra que va buscando privilegios a la sombra de un caudillo sea dictador o demócrata, sea en el siglo XIX, sea en el siglo XX. El venezolano no se realiza en las obras (en el trabajo) sino en lo que se le ofrece como privilegio, a la sombra de "no me des, ponme donde haya". Ello indica no que no trabaje, sino que no tiene la organización del trabajo como obra en la que, como sujeto, reconocerse. Es otra forma de definir el faltante de "cultura del trabajo".

3) La competencia es otro indicador crucial para observar la capacidad de control del venezolano sobre el trabajo y su proyecto. Se formulan los siguientes índices: "¿El pueblo venezolano es precavido o improvisador?" y "¿Significa que es audaz o confiado?"

El pueblo venezolano es totalmente improvisador. El que haga algunas cosas y se fie de ellas, improvise y se anime, eso no es ser audaz. Pero lo que sí es seguro es que es poco precavido (Gerente eximio).

El venezolano es improvisador. Un improvisador audaz; pero audaz quiere decir aquí temerario. Es también confiado pero en otro sentido, el dé la buena fe (Economista emblemático).

Es improvisado. Pero más confiado que audaz. Confiado se refiere a lo que decíamos antes de esperanzado, ilusionado (Político conspicuo).

Es improvisado. Tiende innatamente a ser desconfiado. Ha recibido muchas frustraciones y engaños, y además es improvisado por facilismo, le gusta la suerte y el azar. Tiene una afición profunda al juego, al 5 y 6, al loto, al quino, a la lotería (Empresario reputado).

No es precavido, es un gran improvisador. De confianza nada; más bien crea la desconfianza para aprovecharse del desorden. En todo ello descansa la viveza (Ilustre intelectual).

En resumen, un pueblo improvisador temerario y con confianza azarosa o mágica en su acción, difícilmente puede detentar una cultura del esfuerzo y de la organización perseverante. En otro nivel, se maneja por el ilustre intelectual la categoría de la desconfianza, referida a la falta de confianza para el consenso social. La improvisación funciona con las confianzas primarias de tipo facilista o azaroso, pero no con las confianzas secundarias de tipo societal; más bien éstas son destruidas con objeto de tener éxito en las confianzas primarias. En estas condiciones puede operar el trabajo, el "hacer cosas", pero no una cultura u

organización perseverante del trabajo. La conducta de aprovechamiento, que culmina el carácter de la viveza, define definitivamente que se trata de una actividad o trabajo recolector.

4) La elaboración es el indicador que cierra esta configuración argumentativa. Se trata de la forma de la socialización en el trabajo a partir de la lógica del trabajo mismo. Los índices se formulan así: "¿A usted le parece que el pueblo venezolano tiene mentalidad rentista o productiva?" "La gente trabaja, elabora cosas, relaciones sociales: ¿Las trabaja bien hasta el final o las hace a medias o las termina por lo más fácil?" "¿Se puede avanzar su aprendizaje hacia una etapa más productiva?". El ítem del rentismo, que tiene función desideologizadora en el informante sesga de entrada el dato, porque es compulsiva su respuesta alternativa, pero después en la elaboración del dato real se define el trabajo como recolector.

El pueblo venezolano tiene mentalidad rentista y ello de un modo muy pronunciado. Por otra parte, pienso que la gente hace las cosas a medias, les falta el detalle. En los colegios o escuelas no les imponen disciplina. En la familia, como el padre se ha ido de la casa, el niño no tiene la figura de la disciplina. En las empresas privadas, donde hay gerentes exigentes, los subalternos aprenden la disciplina, el respeto, la puntualidad. Yo trabajé en la Ford Motors y los obreros eran parecidos a los de Estados Unidos, aunque no en la vida privada. Además, el proteccionismo de la industria venezolana por parte del estado ha sido fatal: ha permitido que un trabajo mediocre, valga como uno bueno (Gerente eximio).

Eso de mentalidad rentista es de carácter histórico. Se rentringe a los veinticinco (25) últimos años. Fué el petróleo y esa mala administración del mismo, que en estos años coincide con la crisis financiera, los causantes de esa mentalidad rentista. Por ejemplo, el rentismo financiero se refiere a vivir de la renta financiera. La gente vendía su casa, metía en el banco el dinero y se ponía a vivir de su renta. Así ocurrió con la renta petrolera. Ahora el proceso se revierte contra la gente que se puso a vivir de la renta... Eso es una gran verdad. Rómulo Gallegos en Reinaldo Solá muestra todo eso. El venezolano emprende cosas y no las concluye. Unos lo atribuyen a la idiosincrasia, otros al subdesarrollo. El ejemplo lo da el estado. Las obras públicas se abandonan; rara vez se concluyen. La dictadura sí las concluía. Las dictaduras han tendido a corregir esa frustración. La cantidad de obras que tenemos sin terminar en la democracia son innumerables sin embargo, la dictadura no logró corregirlo del todo. Yo no creo que avancemos. Nuestra educación está en crisis y una crisis deplorable. No es una crisis que incite al cambio. Es una crisis negativa ¿Pero hay élites para reconducir al país? No. Sólo hay ideas que no se llevan a la práctica. Por ejemplo, el caso del sistema penitenciario revela esa en-crucijada de cosas en que está detenida Venezuela (Economista emblemático).

Es rentista. En otro sentido, trabaja mucho y rinde poco. Creo que piensa bastante, pero sin orden. Le funciona el cerebro, la creatividad, pero no tiene disciplina mental. Si se suma creatividad y disciplina tendríamos genios: la gente es inteligente, no es floja. No tiene sentido para donde vamos. Estamos hechos para brillar como individualidades, así como las estrellas de beisbol, pero no por equipos... Se puede avanzar. Lo enseña la realidad histórica. Tiene que acontecer un liderazgo apropiado que no sea de mentalidad rentista, pero el pueblo no lo legitima... Pero la historia es de las minorías, no de las grandes mayorías. Este grupo de liderazgo está en formación; hay una punta dinámica de la sociedad que procura pasar de la renta a la producción (Político conspicuo).

Es rentista. Por otro lado, los que trabajan a medias es sólo una parte. No olvidemos que un millón de venezolanos trabajan en la administración pública. Esta ha deformado la mente del ciudadano hacia el incumplimiento del deber. Es la parte con mentalidad rentística, pues están bajo el favor y protección del estado. Pero la gente sin cargo público, sin favor, tiene capacidad de empuje. Si se cambiara la situación en la que el estado nos apabulla, esta gente sería más productiva de lo que es... La gente que tiene capacidad de comunicarse es la que podría hacernos avanzar: los medios de comunicación, los religiosos, políticos, maestros, profesores, empresarios. Yo se lo he dicho a los empresarios: tienen que enseñar a los obreros. Una empresa debería ser un aula... Pero no lo es (Empresario reputado).

Si algo tengo claro es que el ideal del venezolano es ser rentista. La modernidad lo que hace es que sustituye el trabajo tradicional de la hacienda por ocupar puestos en la administración pública. De hacendado a funcionario, la mentalidad rentista no cambia. Se trata de trabajar ahora a la sombra del estado, de ganar un sueldo fijo y de rendir lo menos posible. El pueblo venezolano no tiene grandes iniciativas... El estado dice que fomenta de boquilla; lo que hace es que en vez de fomentar subsidia. Yo desconfío de la productividad empresarial. Y más en esta época populista. En los años cuarenta, parecía que se iba a conformar un empresariado venezolano. Eugenio Mendoza es el paradigma. Pero con el populismo se vino abajo. El populismo lo que hace es clientelismo político; las ganancias sin sudarlas vienen de los subsidios del estado. Así no se puede abrir brecha seria alguna con los hombres emprendedores y arriesgados (Intelectual ilustre).

En conclusión, la mentalidad del venezolano es rentista, pero su cultura es recolectora, y esto puede observarse por sus resultados magros: no se concluyen los procesos productivos (se hacen a medias), se desentienden los remates, se obvian los detalles de la obra. Se agrava el problema, debido a que con la crisis o sin ella no avanzamos en el aprendizaje productivo. La crisis misma muestra nuestra desorientación; en vez de aprender de ella el cambio, el pueblo deslegitima todo esfuerzo de los grupos minoritarios que se involucran en un trabajo productivo. No se acumula conocimiento en el colectivo. Si el estado es un lugar para mostrar el problema del trabajo recolector, la empresa privada

también lo manifiesta, pues participa de la misma lógica cultural recolectora: ni educa, ni orienta mediante el trabajo.

CONCLUSIÓN: LA "CULTURA DEL TRABAJO" Y EL PROYECTO SOCIETAL VENEZOLANO

Para ver bien el problema de la "cultura del trabajo" en Venezuela, es necesario ubicarse en el punto exacto del modelo cultural mismo y operar con categorías de análisis apropiadas que orienten en el sentido que tiene economía del trabajo. El modelo cultural se define por un carácter matrisocial, que organiza los significados en torno a un sistema de reciprocidad; en éste las relaciones de distribución entre los iguales domina el proceso de la producción. Por lo tanto el reparto está sobrevalorado mientras el trabajo se encuentra subvalorado. Las categorías de una economía de subsistencia y una economía de acumulación definen los marcos del modelo del análisis. En la primera se actúa el valor de uso orientado a la satisfacción de las necesidades, en la segunda se aprovecha el valor de cambio para impulsar la economía de acumulación de excedentes y la creación de trabajo para generar trabajo. El modelo de la clase ociosa de Veblen (1995), no encaja en nuestro análisis, pues supone el primer nivel de la acumulación, el rentista.

El análisis del modelo cultural descubre que en Venezuela el trabajo es de carácter recolector, que como tal no tiene el dispositivo de la "cultura del trabajo", en cuanto concepto que supone trabajar para generar/acumular trabajo, es decir, trabajar sobre el trabajo, lo que no es posible sino en sociedades de trabajo.

La cultura del trabajo exige la autonomía de la producción del valor del trabajo, cuya circunstancia específica no puede ser el marco del valor de uso sino del valor de cambio. En esta dimensión del valor, se dice que la emergencia de una cultura del trabajo encuentra dificultades en el modelo cultural venezolano. En tres niveles se muestra esta proposición: 1) en las formulaciones de los modelos étnicos: al venezolano le "gusta la papa pelada" (cosechar donde no sembró); 2) en las formulaciones en que se asimila "pasar trabajos" a "trabajar" propiamente; pero se pasa trabajos debido a una deficiente "organización del trabajo"; 3) en las formulaciones ideológicas desde donde opera el "complejo matrisocial", "manguareo" y "vacancia intermitente" significan una difuminación en el continuo temporal: "se hace que se hace y no se hace nada" ("movida emprendedora") o en la interrupción temporal: "se hace un alto en la cosecha para consumirla totalmente como condición para regresar a cosechar de nuevo" o lo que es la lógica del "potlacht": consumirlo todo rápidamente aunque después se viva en la escasez ("estar pelando"). Este talante de la acción, dificulta la emancipación del trabajo para poder trabajar sobre él. El "complejo matrisocial" que

nos mantiene la visión del mundo al revés (nos decimos blancos cuando somos trigueños, nos casamos donde sólo nos unimos o vivimos juntos, trabajamos donde sólo nos ocupamos en hacer cosas), dificulta separar seriamente la posibilidad de emancipar al trabajo como lo propone la modernidad y la posibilidad de restringir a sus límites particularistas al trabajo no emancipado.

La hipótesis se va confirmando sistemáticamente a través de las elaboraciones del lenguaje (dichos y refranes venezolanos), de historias de trabajo y riqueza de obreros y campesinos, y de una entrevista detenida a cinco representantes de la élite venezolana (de trece (13) seleccionados) sobre cuatro indicadores de la cultura de la modernidad (de doce (12) establecidos). Al comparar el modelo cultural moderno, hacedor del proyecto de sociedad con los indicadores de disciplina (en el trabajo), autonomía (subjetiva), competencia o capacidad de controlar el futuro, elaboración de las cosas o relaciones, mostramos cómo en el modelo de la cultura matrisocial tiene ausencia de estos dispositivos para constituir la "cultura del trabajo".

No acontece una cultura del trabajo, donde no existen unas medidas de regulación, control y rendimiento del trabajo: las disciplinas están ausentes. Se trabaja para cubrir las necesidades; es el valor de uso del trabajo. La cultura del trabajo requiere de una autonomía de éste; dicha autonomía demanda que el trabajo se desligue de las prescripciones del sistema de reciprocidad y no sólo "haciéndose el loco" con la evasiva de "estoy pelando", sino también se libere de las obligaciones y proteccionismo inscritos en dicho sistema. La autonomía del trabajo está reñida con los privilegios, el pensar las cosas a medias, la improductividad del trabajo y su falta de organización.

La cultura del trabajo requiere que ésta sea competente: que la gerencia y la ejecución del mismo se orienten a saber el "oficio", esto es, la técnica y su programación. En un ambiente de improvisación, el de que salgan las cosas a la buena de Dios, no propicia un trabajo competente. Finalmente, la cultura del trabajo requiere tanto de ejecución completa y detallada del proceso laboral, como de resultados productivos. Una cultura recolectora, a la que se ha incorporado circunstancialmente una mentalidad rentística (petróleo), desestimula las dos cosas: una elaboración satisfactoria y una obtención de logros. Donde todo da igual, ya sea hecho a medias o ya terminado a lo rápido o burdo, es una condición que muestra una falta de dedicación o de cultivo del trabajo para producir más trabajo y acumularlo para obtener más riqueza en conocimiento y bienes de consumo. Se suele achacar en este período llamado de la crisis, que son el populismo o el petróleo, el subdesarrollo o la idiosincrasia, las causas de nuestra falta de "cultura del trabajo". Es posible que todos estos factores colaboren como

circunstancias. Pero el transfondo o esencia se encuentra más allá: en el modelo cultural.

Por ejemplo, el populismo evita al pueblo venezolano los sufrimientos que trae consigo la revolución industrial. Pero sin sufrimiento, no es posible el aprendizaje del trabajo, ni la liberación plena del trabajo para que rinda resultados productivos verdaderos. Sufrimiento no significa masacres, hambrunas, carencias de recursos sociales; eso también puede ocurrir y ocurrió en la historia de Inglaterra, Francia y Rusia, como países en su emergencia industrial. Nos referimos al modo cultural de adoptar las medidas, cálculos y peso del proceso del trabajo, a su programación estipulada, que implican a su vez producir el proyecto social. Reacomodar el modelo cultural, Richards (1982) lo muestra en los colectivos matrilineales africanos, para que algunas pérdidas del deseo o limitaciones del principio del placer es indispensable para pasar a obtener ganancias según el principio de realidad, única situación para aprender a cultivar y, con ello, aprender la posibilidad de acumular conocimiento, organización, compromiso, bienes para el bienestar.

Si el populismo está asociado sociológicamente a la dependencia (Cf. Tournaine, 1978), nosotros pensamos que sus raíces se ahondan más allá, en el modelo cultural matrisocial; es decir, se llega a vivirlo desde la sobredimensión del reparto igualista y el principio del placer (narcisista). El "complejo matrisocial" que no permite al colectivo venezolano aceptar su cultura matrisocial como problema, se autorreproduce colocando dificultades para los cambios cultural y social. Una primera acción a realizar implicaría identificar los recovecos de dicho complejo, para que la aceptación de la cultura sirva para reacomodarla en su particularismo y que su interacción en las relaciones sociales, no sea para perturbar como hasta ahora el desarrollo social, sino para impulsarlo.

Inserta Venezuela en un mundo de sociedades del trabajo merced a la globalización, es necesario, para no violentar profundamente nuestro ser cultural, que la cultura matrisocial inspire de algún modo los caminos de actualización histórica del trabajo (Cf. Briceño, 1994): la de crearnos una "cultura del trabajo" a la medida de nuestra modernización social local (Geertz, 1994, 178). Si nuestra adopción de la racionalidad moderna se encuentra con dificultades culturales, asumamos cierto sentido ético (Fernández, 1992) y tratemos de avanzarlo más allá del sistema de reciprocidad familiar en que está anclado (González y Phelan, 1992).

Si no logramos reducir la sociodinámica familiar a sus predios domésticos y a sus relaciones de gracia y de intermediación social (compadrazgo, amiguismo, paisanaje, tertulias), no se obtendrá el acceso a una "cultura modernizada" del

trabajo. Hay que romper con el encanto del trabajo facilista o paradisiaco y con sus relaciones primarias o toscas. Sin una "cultura del trabajo" no se pueden esperar proyectos, ni bienestar, sino sólo deseos, y éstos frustrados en su esquizofrenia. Esta investigación no se entiende sino desde el proyecto de sociedad, donde, la impugnación/consenso del grupo que representa el trabajo le permita a éste obtener ventajas generales. En este marco es que la "cultura del trabajo" se comprende como un esfuerzo serio de dedicación por reconocerse a sí mismo, de elaboración de las cosas como obras propias, de organizar la lucha de la impugnación contra la parcialización social. Cada día es más desafiante el principio de "la necesidad de existir y tener un nombre" entre las naciones y culturas del mundo, pero este principio como realidad cada vez se acerca más a la capacidad o "la voluntad de ser moderno"(Geertz, 1995, 214).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Almécija, J. (1992), *La familia en la provincia de Venezuela*, MAPFRE, Madrid.
- Beriain, J. (1990), *Representaciones colectivas y proyecto de modernidad*, Anthropos, Barcelona.
- Briceño, J.M. (1994), *El laberinto de los tres minotauros*, Monte Avila, Caracas.
- Fernández, J.L.(1992), "¿Etica`Empresarial'?", *Revista Razón y Fe*, Hispanoamericana de Cultura, Julio/Agosto, Madrid.
- Geertz, C. (1994), *Conocimiento local, ensayos sobre la interpretación de las culturas*, Paidós, Barcelona.
- (1995), *La interpretación de las culturas*, Gedisa, Barcelona.
- González, S. y M. Phélan (1992), *¿Qué quieren los venezolanos?*, Fondo Editorial Acta Científica Venezolana y Consorcio de Ediciones Capriles, Caracas.
- Hurtado, S. (1998), *Matrisocialidad. Exploración en la estructura básica de la familia venezolana*, FACES-EBUC, Caracas.
- (1989a), *La sociedad tomada por la familia*, EBUC, Caracas.
- (1999b), *Elite venezolana y proyecto de modernidad*, Trabajo de Ascenso a Profesor Titular, FACES, UCV, Caracas.
- Levi-strauss, C. (1969), *Las estructuras elementales del parentesco*, Paidós, Buenos Aires.

Meneses, G., *Campeones* (Novela venezolana).

Poewe, K. (1981), *Matrilineal Ideology*, Academic Press, Toronto.

Richards, A.I. (1982), "Algunos tipos de estructura familiar entre los bantús centrales", *Sistemas africanos de parentesco y matrimonio*, Anagrama, Radcliffe-Brown y Forde Barcelona.

Sennett, R. (1982), *La autoridad*, Alianza, Madrid.

Touraine, A.(1978), *Las sociedades dependientes*, Siglo XXI, México.

—(1992), *Critique de la Modernité*, Fayard, Paris.

Veblen, Th. (1995), *Teoría de la clase ociosa*, FCE, México.